

La teoría del desprendimiento de la cultura argentina

MARIA ESTHER DE MIGUEL

Un lúcido estudioso del pensamiento argentino, muerto prematuramente —Jaime Rest—, formuló esta reflexión que quiero recordar (1):

“Por algún motivo que tal vez deba explicar el historiador o el sociólogo pero que el investigador literario con su bagaje profesional no se halla en condiciones más apropiadas para interpretar, aunque le cabe señalar el hecho a través del reconocimiento de su área específica, una de las constantes de nuestros escritores —y especialmente de nuestros ensayistas— ha sido la búsqueda de la identidad del país, sea a través de un sistemático asedio de la realidad (como sucede en el siglo XIX) o de la formulación de una serie de hipótesis acerca de la presunta ‘condición ontológica’ que es propia del hombre y de la sociedad (según se advierte durante el siglo XX). “El mismo Rest subraya de qué modo, en la marcha de este proceso, hay ciertos hitos literarios particularmente significativos como “Facundo”, de Sarmiento, “La tradición nacional”, de Joaquín V. González, algunos trabajos de Ricardo Rojas, de Leopoldo Lugones y, al desencadenarse la crisis de 1930, “Radiografía de la pampa”, de Ezequiel Martínez Estrada.

Pues bien: dentro de esta vertiente, fácilmente rastreable, es lícito ubicar a un prestigioso escritor, actual presidente de la Academia Argentina de Letras, no estudiado ni conocido suficientemente por los jóvenes: Bernardo Canal-Feijoo.

Si alguna vez Battistessa pudo decir que en nuestro país se publican muchos libros y se escriben muy pocos, quizá no sea desac-

1. JAIME REST. “Panorama del ensayo”, (Historia de la Literatura Argentina, Centro Editor, Tomo I, p. 97. Bs. As. 1980).

tado opinar que a muchos autores se los cita pero no se los lee. Tal el caso de Canal-Feijóo. Sin embargo, qué bien le haría a los argentinos, que entre desaciertos reiterados, titubeos suicidas, exasperaciones perjudiciales o cómodos apoltronamientos colaboramos, desde hace décadas, ajenos a comportamientos democráticos y a planteos racionales, en mantener un país bien dislocado, qué bien le haría, digo, prestar atención a las palabras de un hombre sabio como Canal-Feijóo quien, desde el alto y humilde mangrullo de sus ochenta y cinco años, viene vigilando nuestras frustraciones, intemperancias, desmayos y corazonadas.

Por cierto que el escéptico Juan Pueblo de nuestras calles argentinas —quizá de nuestros caminos latinoamericanos— se preguntará: "Prestar atención, para qué?". Pues, miren ustedes: hace casi más de cuarenta años el escritor Denis de Rougemont, hablando bajo el patrocinio de la Revista "Sur" en el Consejo de Mujeres (2), se planteaba la misma pregunta: ¿para qué sirven los escritores? Y traía a colación una anécdota jugosa ya que no inédita. Hombre que había cruzado docenas de fronteras, solicitado otros tantos pasaportes y llenado centenares de formularios, cuando llegaba el momento de responder a la pregunta "¿hablará usted de política en sus artículos y conferencias?", prudencia y costumbre lo acostumbraron a contestar negativamente: no, sólo de filosofía y de literatura. Ante tal respuesta —recordaba Rougemont—, la cara del funcionario de turno se aclaraba y hasta advenía la galantería de alguna sonrisa. "Esta indulgencia me valía un salvoconducto —decía Rougemont; y reflexionaba—. En una época que sólo toma en serio los ejercicios militares, resulta demasiado claro que la literatura no puede inspirar miedo a nadie. Pero el hecho de que tranquilice tanto, sugiere también la idea de que carece de fuerza. "Las cosas no han cambiado, por cierto: los escritores o no sirven para nada o sólo para entretener a las mujeres. Rougemont recordaba, además, que, por lo menos desde los últimos cincuenta años, las masas estiman útiles a los escritores sólo en la medida en que desempeñan un papel público y, más exactamente, político: desde la Revolución Francesa, hasta el Fascismo y el Comunismo, pasando por los distintos nacionalismos del siglo pasado, todo los grandes movimientos políticos han tratado de anexarse a los escritores y persuadirlos de que sólo podían ser útiles si esta-

2. DENIS DE ROUGEMONT, "¿Para qué sirven los escritores?", (Revista "Sur", No. 86, 1941, Bs. As.)

ban al servicio de la propaganda de un partido o de una causa nacional. "Se les ofrecía que gritaran con los lobos y, en el mejor de los casos, que condujeran el coro de los lobos. La mayoría ha falaseado con ello su voz". En desacuerdo, entonces, con tales "operaciones" en las cuales "la política está muy lejos de haber ganado con lo que la literatura ha perdido", se pregunta ¿para qué sirve el escritor? Veamos. El oficio del escritor es "la literatura" y la literatura por excelencia y cuestión de palabras" de utilidad *social* ("una sociedad muda es inimaginable"). Pero, en el mundo actual, las palabras, gastadas y enturbiadas, han dejado de ser instrumento de precisión, han entrado necesariamente en decadencia y se inclinan hacia una nueva barbarie. ¿No residirá la misión del escritor en oficiar de *conciencia activa de su época*, clarificando las palabras? Cuando la palabra deja de ser clara, todo se mezcla, nada se comunica. En las manos del escritor está, entonces —Rougemont concluye— está, digo, el poder devolver esa función vital a la sociedad. He ahí su misión.

Creo que no muchos escritores de nuestros días, de mi país, al menos, han cumplido más cabalmente tal mandato, que Canal-Feijoo: nunca engrosó las filas partidistas de facciones políticas y fue siempre empedernido voceador de una conciencia despierta, en beneficio de la comunidad. Hombre nacido santiagueño y poeta y devenido porteño, dramaturgo y ensayista, desde hace más de cincuenta años ("La rueda de la siesta", primer libro de poemas, es de 1930), "entre crónicos cansancios extraliterarios y permanentes incertidumbres intelectuales", como alguna vez confesó, Canal-Feijoo ha ahondado perseverantemente en nuestras esencias, en "las aguas profundas del pasado", a fin de avistar los cauces de los cuales provenimos, los alimentos que hicieron posible el incierto camino hacia la madurez y la prefiguración del futuro que puede aguardarnos si sabemos romper esta vuelta de noria en que estamos desde hace tanto tiempo, girando en el vacío, con evidente agravio a la inteligencia, a la creatividad y quizá al simple sentido común.

Como todo pensador que a lo largo de los años prosigue con persistencia el hilo de reflexiones fundadoras, en la obra de Canal-Feijoo se advierten dos o tres núcleos. No importa que los títulos de las obras producidas sean múltiples (que se llamen "Mitos perdidos", "Teoría de la ciudad argentina", "De la estructura mediterránea", "Burla, credo y culpa en la creación anónima", "Constitución y Revolución", "Reverso humorístico de la tristeza criolla",

"La expresión artística popular en Santiago", "La expresión dramática en Tucumán", "La leyenda anónima argentina", "Alberdi, la proyección sistemática del espíritu de mayo", "El canto de la ciudad", "Lugones y el destino trágico", "Fundación y frustración en la historia argentina", "En torno al problema de la cultura argentina"). Tampoco importa que el andamiaje elegido para su explicitación sea el voluminoso texto, el exiguo folleto, la rápida página periodística, la escritura dramática ("Pasión y muerte de Silverio Leguizamón", "Los casos de Juan", "Tungasuka"): toda su obra afirma la ahincada busca del espíritu nacional tomando como punto de partida, por un lado, la positiva valoración de lo regional, comarcano o esa tierra adentro sustraída a la imperiosa Buenos Aires por fuerza de destino o relegamiento; por otro, el entroncamiento con reflexiones de argentinos fundadores como Alberdi, el hombre de la Constitución; Juan María Gutiérrez, Joaquín V. González, Ezequiel Martínez Estrada.

Pues bien: de esa densa escritura que, por su complejidad, exige la vastedad del libro o la profundización de un seminario, quiero, simplemente, intentar el acercamiento a uno de los tópicos fundamentales, que opera como núcleo generador, quizá, de toda su obra, lugar de reunión de muchas incitaciones, piedra angular de su andamiaje filosófico: el tema de la cultura. Tomando como tal —para buscar una definición general y válida— la tensión del individuo que trata de llegar a ser persona y la del conjunto de una sociedad o de una época para expresarse e integrarse en lo universal.

Acercarse a este tema, en Canal-Feijoo, es recorrer la fascinante distancia que media entre los incipientes brotes culturales de una región ignorada hasta la conquista, el "machimbramiento antropológico" entonces producido, la simbiosis obrada con los posteriores contingentes inmigratorios, para llegar a los tiempos actuales, cuando urge afirmar la propia identidad, el ser nacional, dentro de un estilo propio capaz de abrirse a la cultura universal, sin cerrazones localistas ni desarraigos suicidas, para instalarnos en ella con propuestas fraguadas con los materiales regionales, históricos y por qué no, económico-sociales que nos son inherentes. Propuestas propias, vale decir, engarzar el orden nacional al orden universal ("Debemos constituirnos para el mundo", decía Alberdi). Propuestas propias: único antídoto contra el coloniaje cultural, el amén obsecuente a las influyentes culturas de turno que empequeñecen sin enraizar.

DINAMICA DE LA CULTURA

Probablemente no existan ya —y vaya a saber si alguna vez existieron— culturas en estado puro. La dinámica de la Cultura la lleva a irradiarse, a instalarse en otra parte; a pasar a otra época o raza “mediante un poder inherente de desplazamiento, de transponer fronteras geográficas, cronológicas y etnológicas” (3). Este poder intrínseco, que brota de su esencia misma, une “a la capacidad de trasposición la voluntad de acometerla”. Pero la cultura no se ha movido nunca por sí misma, siempre va enancada a empresas de otro tipo. Por lo común, y desgraciadamente, a tráficos depredatorios. De aquí que, fuera del campo puramente teórico, en general no es posible separar la idea de la cultura que ha salido de su foco original, de las ideas de conquista, colonización o imperialismo. O de tácticas financieras, según novísima modalidad. . . “Desde Grecia la cultura en acción transfronteriza ha sido atributo de conquistador, de colonizador, de dominio imperial, de misioneros. . . Y si por esta situación el conquistador sentirá la necesidad de absolverse de muchos actos en nombre de la cultura, el conquistado proyectará sobre la cultura, punto de menor resistencia siempre de la empresa conquistadora, sus reacciones contra los actos del conquistador”. Las experiencias del traspaso cultural, las alternativas que promueve, son imprevisibles. Por lo común, los contactos de cultura tienen más de choque que de abrazo. La historia de América, desde este punto de vista, es una historia de entorpecimientos recíprocos.

Canal-Feijoo focaliza, entonces, sus reflexiones (que modestamente llama divagaciones), dentro del ámbito de los “contactos de cultura”, sobreentendiendo dos instancias: a) una cultura que ya está dada como paradigma formal, o programa vital. Y b) un movimiento conciente o subconsciente dirigido a la asunción de la cultura como único recurso concebible, para el espíritu moderno, de defensa de la personalidad humana, es decir, de la autoafirmación: “demanda primaria de la dignidad humana, premisa y postulado número uno del problema de la cultura”.

Usualmente, todo problema de contactos culturales es concebido como transmisión de una cultura por vía de imposición o de docencia, pedagogía de tipo jerárquico que indica “aprende estas co-

3. BERNARDO CANAL FEIJOO, “En torno al problema de la Cultura argentina”, (Editorial Docencia, 1981, Bs. As.) Para este cap. y ss.

sas" pero se cuida de decirle "sé tu mismo". Tal actitud supone un miraje de arriba hacia abajo, y ha enredado, desde hace casi tres siglos, la política de las formaciones de las nacionalidades americanas y la expansión de los intereses supernacionales. Pero, puesto que no puede haber verdadera autonomía si no es a partir de sí, "desde el fondo de una propia identidad asumida o aceptada", la sana pedagogía cultural en los inevitables trances de contactos, debe agregar al "aprende estas cosas" y el "sé tu mismo", el primordial y quizá cronológicamente primero "conócete a ti mismo", lo cual implica miraje de abajo hacia arriba. Porque es el hombre, sujeto siempre a circunstancias concretas de raza-tiempo-medio-idioma-patria; en el hombre, foco, en fin, "de misteriosas confluencias universales e íntimas exhalaciones de ser y tierra", donde cuaja la cultura. Que resulta, así, afirmación de la personalidad, sea como punto de partida a priori, sea como alternativa a posteriori. De aquí que, para Canal-Feijoo, la esencia de la cultura sea la libertad, al menos en Occidente: cultura de opresión, de servidumbre, de automatismos, de robots, es un contrasentido. "Para la conciencia moderna, dondequiera se plantee el problema de la cultura, primero es la libertad del sujeto. O la liberación". Y más adelante agrega: "Entre el punto de partida expansivo y el punto de llegada asuntivo, no hay más distancia esencial que la que va entre la *libertad* del sujeto agente y la *liberación* del sujeto paciente". Por eso, las historias de las independencias y de las autonomías son la contracara de esta asunción de la cultura. Si en determinados momentos se da la situación histórica de superposición de culturas (cultura de conquistador y cultura de dominado), es decir, posición de señorío y posición de dependencia, llega un momento en el cual la idea de la independencia será una idea cultural y la idea de cultura se volverá concepto principalmente político.

Y allí estarán, también, las dos puntas que definen la tensión entre el problema de la cultura y el problema político: *universalismo* —cifra absoluta de la ubicación del hombre— por un lado, *nacionalismo* (es decir, independencia, rompimiento con el orden colonial, juego de equilibrio dentro del ámbito mundial, autonomía, es decir, busca de la *forma propia*), por el otro polo. Estas ideas circulan desde hace más de un siglo en la cultura del continente. Y quizá sea el único punto en que coincide "la vigilia de la mente americana en su busca de una autoconciencia indispensable a su razón de ser".

GENESIS DE UN PAIS AMERICANO ATIPICO

Dos características singulares van a marcar al país de los argentinos de modo notorio para, desde el vamos, señalarle un destino diverso al de muchos países latinoamericanos. Por un lado, la falta de culturas aborígenes adelantadas. Por otro, el crecimiento desorbitado de la ciudad capital, "Cabeza de Goliat", en términos de Martínez Estrada. Canal-Feijoo recuerda que, cuando el conquistador español abandona el altiplano andino, ocupado por el inca, y a través de las estupendas quebradas alcanza la llanura, que le demanda "un denuedo de trescientas leguas" antes de llegar al litoral atlántico, se encuentra con el hecho muy sugestivo de que, a medida que el ámbito geográfico pierde altura, la población indígena va paralelamente perdiendo densidad, número y cohesión hasta caer al fin en un estado de dispersión tribal definitivamente atomizado. La vasta llanura será, para el conquistador, el "desierto". En él, una sucesión innumerable de pueblos indígenas, en su mayoría nómadas sin sujeción a orden de tipo teocrático, que no poseen ciudades ni ejércitos comunes, ni conocen ni practican una arquitectura rigurosa. "Gente desnuda e salvaje e tocada de pluma", dirán los cronistas. Son cazadores y agricultores, y "se desplazan dentro del ámbito de su aquerenciamiento según el humor de la naturaleza".

En verdad, en la historia de la fundación argentina, nos tocó el lote de la zona "desierta", donde el indio casi fantasmal, nómada o semi nómada, llevaba consigo el repertorio de su poder y de sus conocimientos primitivos —casi del día cero de la creación, yo diría—, "ánimula, blandula, vagula, disuelta en la naturaleza". El encontronazo entre conquistadores y aborígenes permite algunas preguntas. ¿Qué bien defendían, en ocasiones al precio de su vida, frente al conquistador intruso, estos aborígenes sin tierras "¿sus culturas monumentalistas?" Un bien puramente subjetivo. No le entrega nada al conquistador. No la tierra porque no poseía jurídicamente; no el alma, porque no era capaz de salirse de ella; y no supo entregarse como esclavo. Por eso, el tránsito racial por la mestización no ha comportado para él una catarsis, concluye Canal. Por su parte ¿qué móviles alimentó el conquistador, qué motivos, en estas zonas donde ya dejaba de regir el cebo de las grandes riquezas —las minas de plata y oro, las finas especias—? Comienzan a procurarse motivos trascendentales, éticos. Nacen, entonces, la política de afirmación jurisdiccional, se fundan ciudades, en ellas se levantan templos, se plantan árboles de especies

cultivadas. La masa huésped acomoda el ámbito geográfico y humano a un cuadro jerárquico para señorear la informidad aborigen. La conquista amojona y lotea. Divide. Pero también ofrece al indio "el ejemplo asombroso de la construcción de la ciudad y el templo. . . Lo asombroso del ejemplo no reside en la obra misma, en su peculiar estructura arquitectónica (el indio sabía que los suyos tenían ciudades y templos grandiosos, allá lejos), sino en el hecho de que hubieran podido ser concebidos aquí, en este virtual "desierto", donde el indio no había alcanzado a madurar en la capacidad de una arquitectura que no dependiese de la montaña y de la piedra".

Otra característica que señala Canal es el hecho de que los conquistadores-señores no venían a quedar en la tierra conquistada, a menos que la muerte les jugara una mala pasada. De aquí que pocos lugares guarden rastros de su permanencia, como acontece en otros países latinoamericanos; allí reside, también, cierto rasgo fundamental de la formación hispanoargentina: el fácil allanamiento de las distancias raciales, que en el "pueblo" desaparecen prácticamente en un mestizaje manso y aquerenciado. Mestizaje obrado por vía materna (el varón indio no tuvo acceso a la mujer blanca, es sabido). ¿Qué entiende por mestizaje? Síntesis de sentido genético, por supuesto. Resultante viva, dinámica, por sí misma generadora. Pero esta cualidad es la que no ve en el choque de esta cultura y semicultura. „Donde se pretende señalar una manifestación concreta y objetiva del espíritu americano, sólo veo una superposición, una estratificación, un apareamiento afanoso y estéril, no una progenética fecunda" ¿Razones? Quizá el encuentro no es el de un pueblo más poderoso con otro menos poderoso; quizá no sea sólo la mayor capacidad sino el signo notoriamente distinto. "Frente al espíritu del pueblo conquistador, que trae consigo todos los fermentos de la edad moderna más o menos latentes en la espesa carnadura de la tradición medieval latinogermánica, el alma del pueblo conquistado se ofrece como un anacronismo imposible, como forma supérstite de una etapa siglos antes superada. Mayoridad-minoridad: tal la relación.

Si tal relación se da en términos paterno-tutelar, padre-amo, padre-señor, la zona de la cultura será la mayormente escindida: una vigilante minoría y un sustrato popular camino a "sórdida mudez" colectiva, sólo escasas veces superada por gracia del arte, en alguna creación individual. La zona de la cultura hará uno de sus fuertes de la ignorancia y el menosprecio de la otra. "Se tropezará a

menudo con el hombre culto que en nombre de la cultura rechace esa segunda rama en progresivo resecamiento". Cuando, ya en los tiempos actuales, se atienda a ella, será más bien empresa comercial por lo común "for export".

Pero ¿qué pasa con el otro término de la relación conquistador-conquistado? Veamos. Para el español que llegó a nuestras tierras no existía el problema de la formación cultural: la traía en su bagaje. Y la imponía con abstracción de la nueva naturaleza donde debía actuar. Aunque buscando el aquerenciamiento, el arraigo. Así como hicieron con sus alimentos: hasta que el paladar hispano se adaptara al áspero gusto de frutos y vegetales vernáculos, apelaron al práctico camino de "transplantar" especies ya cultivadas y probadas de la propia tierra. Así, la vid, el manzano, el olivo. "Incrustaron en la naturaleza inculta fragmentos de naturaleza cultivada; huéspedes delicados para la bárbara intemperie americana, había que rodearlos de especiales cuidados para que no perecieran bajo la voraz acechanza que parecían despertar en torno". Y aquí Canal-Feijóo trae la comparación: "La experiencia era temeraria. La cultura es un resultado y, al mismo tiempo, una misión permanente. La naturaleza es desdibujante para toda especie forastera (material o moral); sólo fija la propia i y con qué rigor!. El español trajo la especie cultivada y se aplicó a defenderla y propagarla: era un noble afán cultural. Pero no había atinado a pensar (¿no?) que la virgen y bárbara naturaleza aborigen fuese objeto (¿sujeto?) digno de cultura; que conviniese "mejorar, refinar, cultivar" las especies vernáculos. Esta es la gran lección que le faltó acometer, y acaso la lejana causa de que en el carácter americano desprendido del español, la voluntad de ser haya supuesto, siempre, junto a una voluntad orgánica un poco vaga y desordenada, una fácil voluntad de *importar*".

Ya volveremos sobre este aspecto. Quiero ahora agregar el otro dato que dibuja la singularidad argentina. Me refiero a la ciudad. Sabido es que Buenos Aires fue fundada dos veces. La primera por Mendoza, el 3 de febrero de 1436, con un asentamiento al cual llamó "Puerto de Santa María del Buen Aire o de los Buenos Aires". Cuarenta y cuatro años después, Juan de Garay funda una " . . . Ciudad la cual mando se titule la Ciudad de la Trinidad". Si la primera fue malamente arrasada, la segunda perdurará: puede suponerse —Canal lo supone— que, por venir la expedición de adentro, con tropa de criollos e hijos de la tierra, en los cuales los 'buenos salvajes' acaso reconocían ya a sus hermanos, cuando menos de madre. Pero queda claro: "Con la fundación de Garay, fúndase, pues, en uno el puerto 'hacia' el mar y la ciudad de la tierra,

por así decir (mediterránea, dice en otro lugar): lo asentado como "porteño" en la intención frustrada del Primer Adelantado, y lo advenido luego como "criollo" en la voluntad de Garay, con medio siglo ya de intemperies selváticas y pampeanas en su vida de conquistador que ha pasado ya a colonizador. Acaso en este apareamiento de puerto de Mendoza y ciudad de Garay, convergencia de dos inspiraciones contrapuestas pero unívocas en la misma ambición trascendente, quedaría cifrada para siempre 'el alma' de Buenos Aires. . . Ciudad de frente y contrafrente, o, como categóricamente lo explicaba el acta de Garay: 'para el puerto y para la comunicación con los naturales. . .'⁴.

Pero a este doble destino el país le dará la espalda. Para bien o para mal, se mirará sólo al Puerto. Y desde allí, a Europa. Sus habitantes serán "portenos"⁵. En tanto que la región pampeana, en la cual no se originó un mestizaje cohesionado, consolidará un predominante núcleo criollo.

CULTURA ARGENTINA O CULTURA DEL GAJO

He señalado —siguiendo el pensamiento de Canal-Feijoo— como nota característica del espíritu argentino desprendido del español, la voluntad de importar. Veamos cómo se consolida.

En América —dice Canal— la naturaleza ha estado siempre en abrumadora mayoría; ha existido una desnivelada ecuación de hombres y naturaleza. Los espíritus políticos durante la época de la independencia y organización nacional, echaron muchas de las culpas por las desdichas que los afligían, precisamente a este desborde natural. Que en el país se llamó "desierto", con evidente implicancia polémica. Ahora bien: ambas instancias (independencia-organización) se cumplieron bajo el signo de un neto "antiespañolismo"; pero también —cosa no tan recordada— de un Franco "antiindigenismo". Todo lo que tenía cierta base histórica local era despreciado: "¡la colonia!, ¡el desierto!" (es decir, la naturaleza). Estas actitudes sentarán las bases de una nueva concepción sobre el ser nacional y los caminos de salvación. Entre los dogmas capitales, Canal registra: 1) Una teoría peculiar del desierto (naturaleza inculta, tierra baldía, "es el mal que aqueja al país". "El terreno es la peste de América"). 2) Una teoría del número demográ-

4. BERNARDO CANAL- FEIJOO, *"Fundación y Frustración en la Historia Argentina"*, (Juarez Editor, 1978, Bs. As.)

5. BERNARDO CANAL- FEIJOO, *"El canto de la ciudad"*, (Albino y Asociados, 1981, Bs. As. 14).

fico como condición de civilización: "sin grandes poblaciones no es posible la cultura", "gobernar es poblar". 3) Una teoría insólita: la planta de la civilización es como la viña, que prende y cunde de gajo.

Si las dos primeras instancias promoverán el aluvión inmigratorio que marcará definitivamente al país, en lo que personalmente creo fue casi una nueva fundación, la tercera canoniza el método utilizado por los conquistadores. "La planta de la civilización no se propaga de semilla *sino* con extrema lentitud; es como la viña, que prende y cunde de *gajo*". Está claro: en nombre de una prisa histórica incontenible, no hay tiempo para que la semilla fecunde. "Desde entonces esa será la pauta que rija la vida de la cultura nacional. El espíritu argentino se desenvolverá en adelante bajo el signo de la pedagogía del gajo". Por lo tanto, la primera función de la cultura será la de ir a otra parte a buscar la sagrada rama de oro; la segunda, plantarla. Pero ¿prenderán los gajos? ¿El suelo nativo tendrá tal capacidad como para obligar al gajo a gestar raíz? Y si todo sale bien, si el gajo echa raíces y prueba así la eficacia del método ¿qué será de *lo otro*? ¿Qué de la semilla dejada de lado? ¿La ahogará la nueva especie introducida de gajo? Estas y otras preguntas surgen. Canal reflexiona: "La idea de que todo puede ser traído desde afuera, releva fuerzas de autenticidad que habría que ver hacia dónde derivan, si no se atrofian o degeneran peligrosamente en el cómodo desempleo histórico". Y sintetiza: "A una cultura adventicia, una incultura auténtica; tal es la contraposición que dejará propuesta la política espiritual del gajo".

¿A qué llevará tal actitud? Mientras por una parte se va ganando un caudal formal de cultura, por otro se irán perdiendo, o por lo menos atrofiando, sustancias auténticas. Antes que "hacer" se buscará "adquirir". La fabricación del gusto, el relevo del compromiso creador es, sin duda, el bárbaro nombre de la incultura generalizada en que ha resultado traduciéndose una mala producción de la cultura moderna. Canal-Feijoo aporta un claro ejemplo: el indígena "primitivo y bárbaro" con sus conocimientos empíricos y sus rituales, el criollo simple, con sus modos y costumbres, se hallaban más cerca de la cultura que el "triste" campesino de hoy, que ya no es creador de sus viejas industrias domésticas y está obligado a consumir sustitutos donde le es difícil reconocer lo auténtico de lo falsificado. Su gusto creador ha sido cambiado en gusto consumidor.

Esta teoría cultural coincidirá con la política de puertas abiertas,

"gran codo de la historia cultural argentina", dice Canal. Un tercer estrato se superpondrá al indígena, español y nativo (criollo): el heterogéneo aluvión inmigratorio, desprovisto de fuerza colectiva, de fe o de voluntad señorial; segunda colonización "que no traerá consigo una energía cultural creadora (recordemos: se venía para "hacer la América"), que se mostrará a menudo adaptable o indiferente, pero que nos marcará por obra y gracia de los números: durante poco más de medio siglo llegan al Río de la Plata aproximadamente cuatro millones de extranjeros. En 1914 un 30% de la población no era nativa. (Por algo los rioplatenses decimos que no descendemos ni de los Incas ni de los Mayas, sino de los barcos. . .). "Nuestra historia tiene la forma de nuestra típica inquietud. . . que nos ha marcado con un signo interior opuesto al resto de América. Lo que nos ha venido de afuera nos ha venido a favor de una abertura ansiosa que nos es propia. Nada nos ha penetrado clandestina o violentamente; estamos traspasados de lo que hemos querido que nos traspase. Llama la atención algo paradójico: mientras nos opusimos heroica y victoriosamente a todo intento de colonización que pretendía imponerse desde afuera (las invasiones inglesas, Rosas ante las naves de Francia), toda nuestra política institucional, social, económica, cultural, ha sido de un entusiasta abandono a la idea de una colonización extranjera. Hemos sido sus gestores. Entre las grandes insensibilidades argentinas está la de no sentir al huésped; sin duda porque nosotros mismos lo hemos introducido"⁶.

Pues bien: si hasta ahora la cultura de nuestro país ha sido más bien de injerto, ya se ha producido el oportuno trasvasamiento entre tierra y savia: el gajo ya ha echado raíz. "Europa piensa, América ejecuta", decía Alberdi, y Canal-Feijoo lo recuerda. Sí. Pero antaño. Ahora "todo parece abonar la presunción de que lo expansivo y dinámico, los poderes de dirección horizontal del alma europea, acaban en América, se detienen aquí. Alcanzado este límite, el destino de esa cultura entra lógicamente a una razón de verticalidad. Es necesario que esa cultura constituya el contenido de un nuevo continente".

Cada trance histórico, precipita o destila sus propias imágenes.⁷ El gajo ha tenido raíz. Y raíz es arraigo. Y arraigo es tradición. Y es en la tradición, en el propio estilo, donde los bienes culturales cifran su autenticidad. "La palabra tradición, identificada a la

7. BERNARDO CANAL- FEIJOO, "Las propias imágenes", ("Clarín", 20/9. 1973, Bs. As.).

6. BERNARDO CANAL- FEIJOO, "El reverso humorístico de la tristeza criolla", (Universidad del Litoral, Santa Fe, 1980).

idea de expresión impersonal arraigada, de pueblo, no significa otra cosa que la necesidad y la voluntad de seguir recobrándose por rasgos propios. Canal recuerda la raíz de la palabra tradición, que subsiste más visible en la inglesa: "draw", extraer, ordeñar, y en la francesa "traire", ordeñar. Tradición, entonces, es sacarle a las cosas la substancia alimenticia; no es exhumación: es estímulo, viabilidad, leche, gajo verde. "Es continuidad, por así decir, biológica del alma nacional". Cuando la tradición no es fuerza creadora en el alma colectiva, es mera vocación pintoresca. Cuando es vital, no se elige: opera por debajo de cualquier designio contrario.

Ahora bien: la raíz en tierra —qué importa ya si ha brotado de semilla autóctona o de gajo importado—, en esta tierra abonada con cenizas indígenas, españolas y de inmigrantes; en esta tierra que no es sólo lugar geográfico, sino también histórico y etnográfico, en esta tierra, digo, la raíz crece. Hacia arriba, hacia lo alto. Advirtamos: desprendiéndose del suelo, aunque unido a él (¡pobre si no lo hiciera, si se desarraigara!). Pero va hacia arriba, donde soplan vientos y abunda una luz que vivifica a otros árboles, cultivados en comarcas diversas. ¿Por qué no ver en este símbolo, el doble espacio necesario para que de veras fructifique: la raíz, la tierra, lo comarcano y propio, el arraigo, en fin; pero también el despliegue en lo alto, lo que está afuera, en lo otro? En esta interacción —arraigo y universalismo— está, sin duda, la clave de toda cultura, la dinámica creadora que debe presidir el modelo actual de una cultura apta para nuestro tiempo y país. Víctor Massuh, quien en más de una ocasión calificó de agudas y penetrantes las reflexiones de Canal-Feijoo, ha dicho: "Tal perspectiva es la que, felizmente, ya practican en nuestro país aquellos que saben unir los vientos del mundo y los del propio suelo en un solo impulso de realización"⁸. Que así se prosiga, en beneficio de una consciente apuesta al futuro.

MARIA ESTHER DE MIGUEL. Socióloga, investigadora argentina, ensayista, profesora universitaria en Buenos Aires.

8. VÍCTOR MASSUH, "El diálogo de las culturas", (Univ. Nac. de Tucumán, 1956, p. 77 y ss.).
"Un modelo nacional de cultura", Criterio No. 1702; Separata 24/10/74, Bs. As.).